

ESCENA V

EL REY, ISABEL, QUEVEDO

Quev. ¡ Señor!

Rey. Tomad.

Quev. ¿El perdón?
(Tomando el papel.)

Rey. Sí. ¡ Volad!

Quev. ¿Triunfáis?

(En voz baja.)

Rey. Lo espero.

(Lo mismo.)

Quev. (¡ He aquí puesta en el orisol

La virtud de una mujer!

¡ He aquí un triunfo precoz!...

Mas ¿qué importa? Él vivirá.

Ella... ¡ Bien decía yo!...

Rey. ¡ Isabel!

(Acercándose á Isabel.)

Quev. (Una ha podido

Desmentirme; pero ¡ dos!...)

ESCENA VI

ISABEL, EL REY

Rey. ¿Por qué de nuevo pálida tristeza
Tus rosadas mejillas descolora?

¿Por qué tu rostro en lágrimas se inunda?

¿Por qué suspiras, niña, y te acongojas?

No de esos ojos la fulgente llama

Esquivas al esclavo que te adora.

¿Será que aun en tu pecho impresa vive

La imagen de otro dueño, y no la borra

La ciega idolatría con que postro

Á tus plantas mi vida y mi corona?

¿Será que, complacida en mi tormento,

Ya la esperanza efímera me robas

Que necio concebí? ¿Será que acaso

El corazón no hablaba por tu boca

Cuando con un acento me elevaste

Al colmo de la dicha y de la gloria?

Isab. Escuchadme, señor : mi descon-

[suelo

(Levantándose.)

Ni de pérfida y falsa me baldona,

Ni es mengua de una huérfana infelice

Que de la vida apenas en la aurora

Ya con tedio la mira y con espanto.

Si á mis ojos las lágrimas se agolpan,

No es mi propia desdicha la que lloro;

Que la mano de Dios no me abandona,

Y al término cercano de mis males

Sabré llegar con planta valerosa.

Lloro el siniestro influjo de mi estrella,

Que adonde quiera que mi frente asoma
Lleva consigo azares y amarguras

Y muerte y maldición. Yo soy, yo sola

Quien merece ser blanco á vuestra saña

Yo ¡ ay de mí miserable! que en mal hora

Os inspiré un amor que Dios me veda

Premiar; aciago amor que me sonroja...

Más por vos que por mí; yo á cuyo ruego

Una vida acordáis, que os fuera odiosa

Si á mí la consagrara el malhadado

Por quien pedí á mi rey misericordia.

Rey. ¡ Qué oigo! ¿ Han sido una burla

[tus palabras?

Isab. ¡ Señor!

Rey. ¿ Vana ilusión, fugaz lisonja

Fué el paraíso que soñé, y perjura...?

Isab. No ser ingrata os prometí, y la

[obra

Seguirá á la promesa : yo os lo juro.

Rey. ¿Cómo?... ¡ Tú!...

Isab. De una vida os soy deudora :

Otra os daré : la mía.

Rey. ¿Qué pronuncias?

¡ Tú morir, ángel mío! ¡ Tú, la joya

De más prez á mis ojos! ¡ Tú!... Primero

Muera yo una y mil veces, prenda her-

[mosa.

Isab. Valga lo que valiere esta exis-

[tencia

Mísera cuyo peso al alma agobia,

Más no puedo ofrecer en vuestras aras,

Ni menos...

Rey. ¡ Al galán por quien la inmolas!

Isab. No; á mi honor sin mancilla, á mi

[decoro,

Al Dios que ha de juzgarme, á la memoria

De mis honrados padres. Poco fuera

Á quien de entero corazón blasona

Dar por el dueño amado hacienda y vida.

Hazaña más sublime, más heroica

Es la que inspira la razón austera

Que la que nace de la fiebre loca

De una ciega pasión. Si el alma mía

Jamás de amor la llama abrasadora

Sentido hubiera, con igual denuedo

Mil muertes yo arrostrara sin zozobra

Antes que al cebo de ambición insana

Ó al oro vil prostituir mi honra;

Que á una mujer para ilustrar su nombre

Basta ser bien nacida y española.

Rey. (¡ Cielos!... ¡ Tal fortaleza en una

[niña!...)

Yo... Mi pecho...

Isab. Su frente luminosa

Veo alzar á mi padre desde el cielo.

Su frente siempre erguida donde aun brota

La noble sangre por su rey vertida.

Su voz habla en mi labio : él es mi norma,

ESCENA VII

EL REY

¡ Murió la esperanza mía!

¡ Huyó la dulce ilusión

Que mi amante corazón

Embriagaba de alegría!

¿Qué vale el alto poder

Que en mí dos mundos adoran,

Si en vano mis ojos lloran

Á los pies de una mujer?

Su altivo desdén me humilla,

Y á mi pesar lo venero,

¡ Y á un obscuro aventurero

Envidia el rey de Castilla!

Quisiera que el hondo abismo

Me hundiera... Mas no; á mi gloria

Debo más noble victoria :

La de vencerme á mí mismo.

Sí; cumpliré los deberes

De caballero y de rey,

Y aunque es tirana la ley

Sabré... ¡ Ah mujeres, mujeres!...

¡ Lucido y airoso quedo!

Y es fuerza que me resigne...

¿Qué he de hacer?... ¡ Oh insigne, insigne

Don Francisco de Quevedo!

Sois un vil calumniador,

Un libelista soez.

Venid á hablarme otra vez

Del sandio corregidor

Y de su eterna salmodia

« ¿Quién es ella? ¿Quién es ella? »

Mañana ¡ pese á mi estrella!

Cantaréis la palinodia.

(Entra en su habitación.)

ACTO QUINTO

Sigue la decoración del acto cuarto. Es de día.

ESCENA PRIMERA

EL REY, QUEVEDO

Quev. Vuelvo á las damas su gloria

Y mis sátiras abjuero.

El aya es una heroína.

Isabel es un conjunto

De gracias y de virtudes,

Mi luz, mi ángel custodio; él si villana
Osara yo insultar su hidalga sombra,
Fulminaría sobre mí sañudo

Eterna maldición. Cuando á la fosa

Fría bajó, olvidado, pobre, obscuro,

Huérfana me dejó, huérfana y sola;

Sin otra hijuela que su nombre limpio

Y una hermosura... que ignoré hasta

[ahora,

Y sólo creo en ella porque basta

Para ser desgraciada ser hermosa.

Mas si otra dote me negó la suerte,

No indefensa mi padre entre las olas

De este mar me dejó que llaman corte.

Conociendo sus artes insidiosas,

« Oye, dijo, las últimas palabras

Que te dirige trémula mi boca.

Obligación como soldado tuve

De preferir la muerte á la deshonra :

Jura aprender en el ejemplo mío,

Y en paz descansaré. » — Juré animosa,

Y el anciano expiró... y en mí confía... —

Lo que entonces juré... lo cumplo ahora.

(Saca del pecho un pomo, cuyo contenido

va á beber.)

Rey. ¡ Tente! ¡ Un veneno! ¡ Horror!

(Quita el pomo á Isabel y lo arroja.)

Isab. ¿Qué hacéis? En vano,

Señor, en vano con violencia odiosa

Me desarmáis. El cielo sabrá darme

Armas y esfuerzo con que el hilo rompa

De esta vida infeliz.

Rey. ¡ Vive! No temas.

¡ Vive y triunfa, Isabel!, que á tanta

[costa

El que en algo se precia no conquista

Goces que humillan, lauros que deshonran.

Vive, que si tus gracias me embelesan,

Tu fe me admira y tu virtud me asombra.

Isab. ¡ Oh prez de caballeros y de

reyes!... (Se arrodilla.)

Dejad que en vuestros pies mi labio ponga;

Dejad que en ellos angustiada llore

Mi injusto desamor...

Rey. ¡ No más, señora!

(Haciéndola levantar.)

¡ No más! ¡ Huíd de mí! Débil resuena

De mi razón el grito y de mi gloria :

Para que no lo ahoguen mis sentidos

Fuerza es que yo no os vea, que no os

[oiga.

Isab. ¡ Señor!

Rey. ¡ Huíd! Salvaos y salvadme.

¡ Huíd! (¡ Oh! ¡ nunca ha sido tan her-

[mosa!)

Os lo ruego : os lo mando.

Isab. Vuestra fama

Perpetuará en sus páginas la historia.

Y yo he sido necio, estúpido
 En admitir como axiomas
 Los dicharachos del vulgo.
 ¿Puedo cantar más de plano
 Mi derrota y vuestro triunfo?
Rey. ¡ Mi triunfo!
Quev. Sí, y muy glorioso;
 Que son placeres espurios
 Los que usurpa la violencia
 Ó compra á fuerza de escudos
 La seducción. Á la fama
 Dió, señor, más noble asunto
 La castidad de Escipión
 Que todos sus lauros juntos.
 Yo también, aunque murmure
 Mortificando mi orgullo,
 Á la virtud vencedora
 Prez y alabanza tributo;
 Que sano es mi corazón,
 Si tal vez con ceño adusto,
 Tal con festivo donaire,
 Palo de ciego sacudo
 Escarneciendo ó llorando
 Las miserias de este mundo.
 Vos me habláis de palinodia...
 Cantémosla, pues, á dúo,
 Señor. ¡ Ah! si como soy
 El menor de vuestros súbditos,
 Fuese yo por un instante
 El rey don Felipe, os juro...
Rey. ¿Qué haríais?
Quev. Ser por completo
 Pío, magnánimo y justo.
 Gonzalo...
Rey. Ya lo libré
 De las garras del verdugo.
 ¿Qué más queréis?
Quev. Que se extienda
 Vuestro generoso indulto...
Rey. ¿Á qué?
Quev. Á darle libertad
 Preso otra vez en los muros
 De vuestro real Alcázar,
 Espera...
Rey. ¿Saber el punto
 De su destierro? Vos mismo
 Lo designaréis.
Quev. ¡ Qué escucho!
 ¿Yo mismo?... ¿Os burláis de mí
 Por ventura?
Rey. No me burlo.
Quev. Será, pues, el universo
 Mundo su cárcel y...
Rey. Mucho
 Me pedís.
Quev. Sois rey.
Rey. Soy hombre.
Quev. Pero de heroicos impulsos;

De alma grande que no goza
 En el ajeno infortunio;
 Antes...
Rey. Austero Zenón,
 Que ayer érais Epicuro,
 ¿Por qué no exigís también
 Que humilde como un cartujo
 Ponga yo mismo mi dama
 En brazos de vuestro alumno?
Quev. ¡ Señor!...
Rey. Arrancad primero
 De mi pecho el dardo agudo
 Que le hiere.
Quev. ¡ Qué! ¿aun amáis
 Á Isabel?
Rey. En vano lucho
 Con esta pasión tirana.
Quev. No os han de faltar recursos
 Para triunfar de un capricho
 Fugaz : la caza, el estudio...
 Amor vive en la esperanza,
 Y ya convertida en humo
 La vuestra...
Rey. Aun no la he perdido.
Quev. ¿En qué lo fundáis?
Rey. Lo fundo...
 No sé. En la misma vehemencia
 Del fuego en que me consumo.
Quev. Sin mengua de vuestra gloria,
 No esperéis, señor...
Rey. Soy viudo.
Quev. ¡ Ah! ¡ Cómo!... ¡ Vos...!
Rey. Si el encanto
 De su rostro me sedujo,
 Su virtud más que divina
 Lo graba aquí con profundos
 Rasgos que no borrará
 La losa de mi sepulcro.
 ¿Quién más digna de mi mano
 Y de mi dosel augusto?
Quev. ¡ Será posible, señor!...
 Me asombro...
Rey. ¿Por qué? Si al último
 De mis vasallos es licito
 Unirse en pobre tugurio
 Al objeto de su amor,
 ¿Por qué el señor absoluto
 De todos no lo será
 Para casarse á su gusto?
Quev. Entre un monarca y sus pueblos
 Vos no lo ignoráis, hay mutuos
 Deberes que sin peligro
 No es dado...
Rey. ¡ Vanos escrúpulos!
Quev. Pierde su prestigio el trono
 Cuando impolítico nudo
 Alza desde humilde esfera

ESCENA II

EL REY, QUEVEDO, ISABEL

Isab. Permitidme que me atreva...
 (Hincando la rodilla.)

Rey. (¡ Oh belleza sin igual!)

Alza...

Isab. Á daros una prueba
 De mi gratitud.

Quev. (¿Qué tal?)

Rey. ¡ Tú!...

Quev. (¡ Tiemblo!)

Isab. Á vuestra clemencia

Debo la vida de un hombre...

En vuestra augusta presencia

No pronunciaré su nombre.

Rey. No á mi clemencia, al amor
 Que me inspira...

Isab. Creo en él :

Creed vos en el dolor

Que me ha causado.

Rey. ¡ Isabel!

Isab. Creedlo : no es más profunda

Que la mía vuestra pena.

No es dicha la que se funda

En la desventura ajena.

Tan tierna solicitud

Merece premio mayor;

Mas no hay poder ni virtud

Que den leyes al amor.

Confesad, si sois sincero,

Que en damas de calidad

Gala es el amor primero

Y el segundo liviandad.

Mas no nos darán, — á Dios

Lo juro, señor, y al mundo, —

Ni pena el primero á vos

Ni vergüenza á mí el segundo.

Mi vida en expiación

Ofrecí...

Rey. ¿Quién tan indigno

Será...?

Isab. ¿Rehusáis mi don?

Dios lo aceptará benigno.

Rey. ¿Así á mi amoroso afán

Correspondes? ¿Qué misterio...?

Isab. Viva me sepultarán

Los muros de un monasterio.

Rey. ¿Qué dices! ¿Tú?...

Isab. No vacilo.

Allí en retiro piadoso

Será una celda mi asilo

Y el Rey de reyes mi esposo.

Rey. ¡ Jamás!

Quev. (¡ Triste criatura!)

Rey. ¡ Tú monja! ¡ Oh! no desatines.

Á una mujer...

Rey. Otro absurdo.
 Trono es también la hermosura,
 Trono es la virtud, á cuyos
 Fulgores son los del mío
 Agonizante crepúsculo.
 Así pues, cuando Himeneo
 Nos una en plácido yugo,
 Ella ilustrará mi trono
 Elevándome hasta el suyo.

Quev. (¡ Ay! está loco.) Señor,
 Ved que atropelláis los usos,
 Las conveniencias sociales.
 Si esa boda, que aun lo dudo,
 Se realiza, ¿qué dirán
 El Austria, la Francia, el mundo?
 Temed no se alce la Europa
 Contra vos desde el Danubio
 Hasta el Támesis...

Rey. Poder
 Sobra á este brazo robusto
 Para lidiar contra todos. —
 Mas con temerario insulto
 Nadie el león castellano
 Osará...

Quev. Triunfante el luso
 Lo diga, y osado el belga,
 Y el catalán en tumulto.
 Considerad...

Rey. No os canséis.

Quev. Suspended...

Rey. Ni dos minutos. —

Vos seréis mi embajador.

Quev. ¡ Yo, señor!

Rey. Volad. Ninguno

Mejor que vos. Será digna

De vuestro ingenio fecundo

La empresa. Aun puede vencer

Desde su postrer reducto

Vuestra opinión : aun pudiera,

Si alcanzo el bien que procuro,

Ser inconcusa verdad

Aquel proverbio vetusto.

Quev. ¡ Oh! Será más que mujer

Quien resista á ese conjuro.

¡ Ahí es nada! ¡ Una corona!...

Pero, por Dios trino y uno,

Mirad...

Isab. ¡ Señor! (Á la puerta del foro.)

Rey. ¡ Isabel!

Quev. ¡ Ah! (¡ Pobre Gonzalo!...)

(Viéndola.)

(¡ Oh júbilo!)

Rey.

Ven...
Quev. (¡ Entona á tu esperanza

El oficio de difuntos!)

No se hizo tanta hermosura
Para tocas y maitines.
Yo que en espléndido plastro
Verte victoreada anhelo,
¿Podré consentir que un claustro
Sea noche de tu cielo?
¿Yo bajo aleve tijera
Veré caer tus cabellos?
¡Yo que la corona ibera
Quiero sublimar en ellos!
¡Sí, mi bien! He aquí mi mano.
Doblen todos su rodilla
Como yo la doblo ufano
Á la reina de Castilla.
Isab. ¡Robáis, impío, al altar
(Haciéndole levantar y hablando como
inspirada.)

Su víctima expiatoria!
¡En vano! Á vuestro pesar
Yo salvaré vuestra gloria.
Si una corona á mi sien
Desea vuestro delirio,
Corona, es señor, también
La corona del martirio;
Y, aunque os parezca cruel,
Llevarla animosa espero
Con el auxilio de aquel
Inmaculado Cordero
Que, siendo el verbo divino,
Proto-mártir sin segundo,
La ciñó de agudo espino
Para redimir al mundo.
Él me inspira. Mirad vos,
Cuando él os habla en mi labio,
Si osaréis pedir á Dios
Satisfacción del agravio.
Entre el amor y el deber,
Mirad, señor, si una hazaña
Fácil para una mujer
No lo es para el rey de España.
Cuando insensible me muestro
Á tan alto beneficio,
Ved entre el mío y el vuestro
Cuál es mayor sacrificio.
Mirad qué os está mejor;
Si oír la voz que me llama
Á defender mi pudor
Y á rescatar vuestra fama;
Ó que seamos los dos,
Sucumbiendo en esta lid.
Ludibrio de Europa vos,
Yo escándalo de Madrid.

Rey. ¡Basta! ¡Tú has vencido, ingrata!
¿Quieres la toca y el manto?
Bien está: tu rey acata
Ese propósito santo.

Quev. (¡Pobre niña!)

Rey. Á otro mancebo

Pude disputar tu mano:
Pero con Dios no me atrevo,
Que soy yo muy buen cristiano, —
Mas los deberes monjiles
Son austeros...

Isab. Ya lo sé.

Rey. Aun no cuentas veinte abriles.

¿Tendrás firmeza en tu fe?

Isab. Lo espero.

Rey. También allí

Tienta el enemigo malo.

¡Ay de tu fe y ay de ti

Si te recuerda á Gonzalo!

Isab. ¿Por qué le nombráis, señor?

Por siempre me alejo de él...

(¡Ay cielos!...)

Rey. De tu valor

Quiero otra prueba, Isabel.

Quev. ¡Monja! (Es cargo de conciencia.)

Rey. ¿Tendrás corazón bastante

Para arrostrar la presencia

Del que ayer era tu amante?

También yo te amaba tierno.

¿Qué mucho si á mí le igualo?

¡Me has dado un adiós eterno!...

Óigalo también Gonzalo.

Isab. ¡Ah, señor!...

Rey. Que me avergüence

No es razón ese mozuelo.

Sepa que no es él quien vence,

Sino el rey de tierra y cielo.

Sepa, para ahogar la llama

Que nos quemó de consuno,

Que no cedo yo mi dama

De Dios abajo á ninguno. —

¿Dudas? Mi demanda es justa.

Isab. No, señor. (¡Triste de mí!)

Quev. (¡Necia vanidad Augusta!)

Rey. ¡Hola! — El preso venga aquí.

(*Al ujier, que se presenta en la puerta
del foro.*)

Quev. (¡Dios le tenga de su mano!)

(*Al rey aparte.*)

¿Á qué esa prueba cruel

Si...?

Rey. ¡Callad!

Quev. (¡Dios soberano!...

Ya vuelvo á temblar por él.)

Rey. Aun nos falta otro testigo

Para acción tan noble y santa.

¡Ujier!

Quev. (¡Desdichado amigo!)

Rey. Venga el aya de la infanta.

(*Á otro ujier que llega.*)

Quev. ¿Y qué os proponéis, señor,

Con semejante careo?

Rey. Otra víctima de amor
Dé más pompa á su trofeo.

(*Mirando á Isabel.*)

ESCENA III

EL REY, ISABEL, QUEVEDO,
LA CONDESA

Cond. ¿Me llamáis?...

Rey. Venid, condesa.

Dios oyó vuestra plegaria.

Pesarosa, arrepentida

De vuestra inicua venganza,

Cruelos remordimientos

Os cumpungían el alma.

Alentad. Libre es Gonzalo.

Cond. Vuestra bondad soberana...

Rey. Libre es también Isabel;

Y exenta de toda mancha,

Ella que pudo aspirar

Al tálamo de un monarca,

Modelo de alta virtud

Á matronas castellanas,

Para más digno consorte

Su cándida mano guarda.

Cond. ¡Qué decís!... ¡Gonzalo!... ¡Oh

[Dios!...

Rey. Entrad.

(*Á Gonzalo, que aparece por el foro entre*

alabarderos.)

Despeje la guardia.

ESCENA IV

EL REY, ISABEL, LA CONDESA,
QUEVEDO, GONZALO

Gonz. (¡Aquí Isabel! ¡Oh tormento!)

Quev. (Nos cayó á cuestras la casa.)

Gonz. ¡Señor!...

(*En ademán de arrodillarse.*)

Rey. Alza. Ya eres libre.

Gonz. Permitted que á vuestras plantas...

Rey. No es á mí, sino á Isabel,

Á quien debes dar las gracias.

Gonz. ¿Á Isabel? ¡Cómo!... ¡Es posible!...

(¡La condesa! Horrible trama

Tal vez...)

Rey. Póstrate á sus pies.

Gonz. ¡Señor! (Receloso...)

Quev. Hazlo. Es una santa.

(*En voz baja rápidamente.*)

Gonz. ¿Es cierto? ¡Libre... por ti!
(*Á los pies de Isabel y aparte con ella.*)

Isab. Sí.

Gonz. ¿Á qué precio? ¿Al de mi infamia
Y al de la tuya quizá?

Isab. ¡Vivo... y lo preguntas!

Rey. ¡Basta!
(*Se levanta Gonzalo.*)

Gonz. (¡Ah bien mío!... Pero... el rey...)

Rey. Sí; esa niña es quien te salva.

Bendice al cielo que de ella

Hizo el ángel de tu guarda. —
(*Á la condesa.*)

Y vos, señora, también

Benedicid arrodillada

La divina Providencia.

Quisisteis en hora infausta

Perder á esa criatura,

¡Y Dios para sí la gana!

Gonz. ¡Qué oigo!

Cond. ¡Ah, señor!...

Rey. Á los tres

Ella el camino nos traza

Del deber. Ella, inocente,

Las culpas de todos paga;

Y pues yo soy el primero

Que su pía ofrenda acata,

¿Quién podrá ser tan osado

Que la arranque de las aras!

Gonz. ¡Ella...! ¡Oh desesperación!

Quev. ¡Imprudente!...

(*En voz baja á Gonzalo.*)

Gonz. ¿Es verdad? Habla.

(*Á Isabel.*)

Isab. Sí; con ánimo resuelto

(*Con forzada serenidad.*)

Sigo... (El aliento me falta.)

La divina inspiración

Que á austero claustro me llama.

Gonz. ¡Ah!... (Me costará la vida.)

(*Con sumo dolor.*)

Rey. La oiste. No hay esperanza

Á tu amor, más si endulzar

Deseas la copa amarga

De un desengaño cruel,

Ejemplo te dé su casta,

Su ejemplar abnegación.

Madre cariñosa y blanda,

En su gremio te reciba

La Iglesia.

Quev. (¡Esto nos faltaba!)

Rey. Y en premio de los servicios

De tu padre que Dios haya,

Te nombraré, si te ordenas,

Canónigo de Granada.

Gonz. Señor, si llamado he sido

(*Sin poder dominarse.*)

Para que escarnio se haga

De mí en la corte, volvedme
 Á la torre del Alcázar,
 Ó dad mi cuello al verdugo
 Que me esperaba en la plaza.

Rey. ¿Qué dice ese temerario?
 ¿Presumes que hablo de chanza?
 ¿Ó es poco una canonjía?... —
 ¡Digo; y metropolitana!

(*Á Quevedo.*)
 Quev. ¡ Señor!...

Gonz. Sincero mi labio
 Ni disimula ni engaña
 Ni miente; ¡y menos al rey,
 Y menos á Dios! Que flaca
 De condición y de espíritu
 Una mujer desdichada,
 Rinda en el primer embate
 El muro de su constancia,
 No es mucho; ni que tal vez
 Labre su propia desgracia
 Dejando jurar al labio
 Lo que dentro niega el alma.
 Mas yo que de hombre me precio
 Y hombre á quien nada acobarda,
 Ni sé disfrazar mi rostro,
 Ni sé estudiar mis palabras,
 Ni ahogar en mi corazón
 Las pasiones que lo halagan.
 Mi amor es puro; ¿y queréis
 Qué de él me acuse á las plantas
 De un confesor? No he cursado
 Teología en las aulas,
 ¡Y pronunciaré sacrílego
 Votos que Dios no me manda
 Consagrarle?... ¡Oh! si es forzoso
 Que yo renuncie á mis gratas
 Ilusiones; si por siempre
 Mi desventura me arranca
 Del amante corazón
 Donde ayer feliz reinaba,
 Hartos son los enemigos
 De mi rey y de mi patria.
 Mandadme á lidiar con ellos:
 Dadme, señor, una espada,
 Y me sentará mejor
 Que el manteo y la sotana.
 Así también, sin agravio
 De la religión sagrada,
 Lejos de vos viviré
 Y de esa mujer ingrata;
 Y si aun esto no es bastante
 Para aplacar vuestra saña,
 Pronto alcanzaré el honor
 De morir por vuestra causa;
 Que quien la vida aborrece,
 Sabrá en sangrienta batalla
 Dar á las balas el rostro
 Mejor que al riesgo la espalda.

Isab. (¡ Dios mío, dadme valor!)
 Cond. (¡ Y no le he de amar!)
 Quev. (¡ Oh hidalga
 Fortaleza!)

Rey. Si prefieres
 Á una prebenda una bala,
 Aunque no te alabo el gusto
 Yo te concedo la gracia.
 Hoy partirás para Flandes.
 Cond. ¡ Piedad!...

Rey. ¿Cómo es eso? ¿Lágrimas
 En vuestros ojos?
 Cond. Señor,
 (En voz baja.)

No lloro sola. — Miradla.
 (Mostrando á Isabel.)

Isab. (¡ Favor, cielos!)
 Rey. ¿Vos también?
 (Á Quevedo.)

Quev. Y lloraría una estatua
 Al ver...

Rey. ¡ Silencio! Gonzalo,
 Despidete de tu amada:
 Yo lo permito.

Gonz. Excusad...
 Rey. Yo lo mando.
 Isab. ¡ Ay!...
 (Cae casi sin sentido.)

Cond. ¡ Se desmaya!
 (Acudiendo á sostenerla.)

Rey. (No puedo más.) ¡ Isabel!
 (Todos se acercan á Isabel.)

¡ Respira, Isabel!... — Abraza
 (Mostrando á Gonzalo.)

Á tu marido.
 Isab. ¡ Oh gran Dios!
 (Recibiendo en sus brazos á Gonzalo.)

Gonz. ¡ Oh ventura!
 Quev. ¡ Oh noble hazaña!
 (Todos se arrojan ante el rey.)

Gonz. ¡ Señor!
 Quev. ¡ El cielo os bendiga!
 Cond. Agradecida...

Isab. Postrada...
 Rey. ¡ Alzad!

(Todos se levantan, menos la condesa, que
 alza los ojos como en actitud de orar.)

Probar he querido
 El temple de vuestras almas.
 Perdonadme el breve alarde
 De una aparente venganza,
 Siquiera porque á mi voz
 Trocáis vuestra pena amarga
 En dicha tanto más grande
 Cuanto menos esperada.

Bendiga Dios vuestro lazo;
 Yo con mercedes sin tasa
 Os probaré mi amistad
 Pura, desinteresada...
 (¡ Valor, Felipe!... Eres rey.)
 Sonada será en España
 Vuestra boda. En mi capilla
 Os desposaréis mañana.
 Os hará el epitalamio
 Quevedo...

Quev. Con vida y alma.
 Rey. Y será vuestro padrino...
 Don Felipe cuarto de Austria.

Isab. ¡ Tanta bondad!
 (Queriendo arrojarse y también
 Gonzalo.)

Rey. Deteneos.
 Quev. ¡ Sois un héroe!

(Aparte con el rey.)
 Rey. ¡ Soy un mandria!

(Con cómico despecho.)
 ¿Qué hacéis, condesa?

(Reparando en la condesa.)
 Cond. Pedir

Á Dios su divina gracia.
 (Se levanta.)

Y no en vano. El sacro velo
 Á que otra se resignaba,
 Y con contento de todos
 Convierte en nupciales galas,
 Ceñir anhelo á mi frente
 Que surca el dolor y mancha
 La vergüenza. Si una víctima
 El ara de Dios reclama.
 Yo debe serlo; ¡ yo sola!

Rey. Mirad...
 Cond. No me tengáis lástima,

Señor. Sólo allí habrá paz
 Para esta alma atribulada:
 Sólo allí sanar podría
 De mi corazón la llaga...
 ¡ No más! ¡ Adiós! Sed felices.
 (¡ Ay!...) ¡ Adiós!

ESCENA ÚLTIMA

ISABEL, EL REY, QUEVEDO,
 GONZALO

Isab. ¡ Desventurada!
 Quev. Mejor suerte merecía.

(Aparte con el rey.)
 Rey. Si es vocación voluntaria

La suya, del mal el menos.
 Mas ¿qué ha de hacer la cuitada
 Si á mí no me falta mucho

Para encerrarme en la Trapa? —
 Ahora bien, poeta cáustico,
 (En alta voz.)

¿Volveréis á escribir sátiras
 Contra las mujeres?

Quev. No.
 Váyase muy noramala
 Con su injusta muletilla
 El corregidor de marras.

Á la evidencia me rindo
 Y en la justicia me fundo.
 La MUJER, lo juro al Pindo,
 Es el animal más lindo
 Que Dios crió en este mundo.

Ni solo estriba su palma
 En este precioso don;
 Que, con muy rara excepción,
 Hermosas son en el alma
 Como en el cuerpo lo son.
 Cuando su flaqueza sacas
 Á relucir y sus macas,
 Considera, *Hombre* demente,
 Que persigues igualmente
 Á las gordas y á las flacas.

Si las culpas, tú te implicas;
 Porque, tirano sañudo,
 Tú haces la ley, tú la aplicas,
 Y para ellas — ¡ pobres chicas! —
 Siempre es la ley del embudo.

Cifra el hombre su esplendor
 En el amor de la gloria;
 Mas con instinto mejor
 La MUJER brilla en la historia
 Por la gloria del amor.

¡ Ah! si por seguir tus huellas
 Se vicia tan noble instinto,
 No culpes, *Hombre*, á las bellas,
 Sino á ti, con tercio y quinto
 Mas débil que todas ellas.

Siervas en todo lugar
 Porque lo has dispuesto así,
 ¿No ves, *Hombre* baladí,
 Que ellas no pueden pecar
 Sino, contigo y por ti?

Sé indulgente, pues ya ves
 Que la equidad lo reclama
 Y lo pide tu interés.

¿Por qué les quitas la fama...
 Si te arrastras á sus pies?

¿Por qué tu desprecio llora
 La que con paciencia santa
 Cuando niño te amamanta,
 Y cuando joven te adora,
 Y cuando viejo te aguanta?

Sin la MUJER no hay placer.
 ¿Es fiel? Bendice tu estrella.
 ¿Es maula? ¡ Cómo ha de ser!

Ó capitula con ella...
 Ó suprime la MUJER.
 Mas primero que tal hagas
 Consentirás que te emplumen
 Y que se calcen tus bragas,
 Porque en sus ojos te embriagas

De amor, de gozo... En resumen :
 Desde la planta al cabello
 La MUJER, — insisto en ello
 Y lo pruebo y te confundo, —
 Es el animal más bello
 Que Dios crió en este mundo.

LA ESCUELA DEL MATRIMONIO

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL DRAMA EL DÍA 14 DE ENERO DE 1852

PERSONAS

LUISA.
 LA CONDESA.
 MICAELA.
 CARLOTA.
 EL GENERAL.
 DON EUSEBIO.
 EL CONDE.

EL BARÓN.
 DON LUCIANO.
 DON FEDERICO.
 MARTÍN.
 DAMAS.
 CABALLEROS.
 CRIADOS.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO

Sala en casa de Luisa. La puerta principal, á la derecha del actor : otra en el foro : un balcón en los bastidores de la izquierda.

ESCENA PRIMERA

LUISA, DON LUCIANO

Luc. Celebro con vida y alma,
 Bella, interesante Luisa,
 Que me proporcione usted
 Ocasiones de servirla...

Luisa. Gracias, señor don Luciano.
(Sentándose.)

Acerque usted una silla...

Luc. Aplaudo la confianza
(Sentándose.)

Y estimo la cortesía.

Luisa. No hay nada aquí que estimar.

Yo no acostumbro...

Luc. ¡ Ay, amiga !

Hoy...

Luisa. Á negar un asiento
 Á los que me hacen visita...

Luc. ¡ Oh ! pero...

Luisa. Y menos á usted

Que es mi banquero...

Luc. Y sería

De buena gana...

Luisa. ¡ Qué flujo

De interrumpirme !

Luc. ¡ Qué linda !

Luisa. Vamos ¿ qué sería usted ?

(Con seriedad.)

Luc. Nada, porque es tontería...

(Me corta cuando se pone

Tan seria.) Mas ¿ quién no envidia

La suerte de don Miguel?...

Luisa. ¿ Y por qué á la propia dicha

No aspira usted ?

Luc. ¿ Que no aspiro ?

¿ En qué pienso noche y día